

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
Sólo por gracia	1
Bosquejos del Antiguo Testamento	9
Homilética :	
Sermón sobre Apocalipsis 2:13	24
Bosquejos para Sermones	34
Desde Roma (III)	40
Algo sobre el pietismo	47
Sabía Vd. ?	23

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

c) consideramos el fortalecimiento por medio de la misma.

IV. ¿Qué debemos pedir ante Dios para nosotros y los demás?

- a) firmeza en la fe;
- b) conocimiento creciente en la palabra de salvación;
- c) poder, para llevar una verdadera vida cristiana;
- d) confianza gozosa en medio de tribulaciones.

V. El crecimiento del hombre interior:

- a) cómo es sembrado;
- b) cómo es cuidado;
- c) cómo llega a la madurez

G. Z.

Desde Roma (III)

¿CULTO DEL PUEBLO. POR EL PUEBLO O PARA EL PUEBLO?

Por José Míguez Bonino

El Concilio debutó tratando el tema "De la Sagrada Liturgia". Por espacio de un mes más de un centenar de "padres conciliares", apoyaron, criticaron y corrigieron el proyecto —moderadamente renovador— que la Comisión Preparatoria les había sometido. Muchos más enviaron sus observaciones por escrito. Aprobado en general, pasó a la comisión respectiva del Concilio (24 miembros: 16 elegidos por el Concilio y 8 nombrados por el Papa — una comisión bastante balanceada). Al concluir la primera sesión, un mes después, la Comisión había traído al plenario una serie de proposiciones sobre el primer capítulo del proyecto, las cuales fueron aprobadas.

El tema litúrgico había sido elegido, aparentemente, porque se prestaba a una discusión moderada, práctica más bien que estrictamente teológica. Pero a la vez es un tema fundamental para el Catolicismo. *La Iglesia Católica Romana es una iglesia*

eminentemente litúrgica. Lo es porque la liturgia es para ella "la cima hacia la cual tiende la acción de la iglesia a la vez que la fuente de donde mana toda la virtud" —según lo dice uno de los documentos. Y es litúrgica también en el sentido que ese culto —que es el centro de la vida católica— está regido por órdenes y fórmulas tradicionales y prescriptas. A la liturgia se relaciona íntimamente la celebración de los sacramentos que, como sabemos, constituyen la raíz de la religiosidad católica. Es por eso lógico que ese tema fuese importante y sirviese de punto de partida.

¿Por qué se necesita una "renovación litúrgica"? Desde hace tiempo se manifiesta en el Catolicismo Romano una inquietud por la "renovación litúrgica". Esto puede parecer extraño dado que la liturgia católica se nos presenta a nosotros como algo rígido y formulado que no acepta posibilidad de cambio.

Muchos teólogos católicos sostienen, sin embargo, que la liturgia de la Iglesia no puede cambiar en su "sentido" —que es el culto divino— pero sí en sus "formas", y que en realidad estas formas han sufrido "deformaciones" que hacen necesaria la renovación. Estas deformaciones vienen, por así decirlo, desde abajo y desde arriba. Desde arriba son las deformaciones impuestas por la rigidez de las comisiones y tribunales de la curia que no han permitido la progresiva adaptación de la liturgia a nuevas necesidades y circunstancias. Esa rigidez ha hecho que la liturgia —la de la misa, por ejemplo, que es la central— se torne formalista, complicada e incomprensible para el pueblo. Así se ha mantenido *el uso casi exclusivo del latín* que nadie entiende; las oraciones en voz baja del sacerdote junto al altar, a las que el fiel queda completamente ajeno; los complicados gestos, genuflexiones y vestimentas que carecen de sentido para los que asisten.

Es más, esa rigidez ha hecho que ciertas medidas, que pueden haberse —a ojos católicos— justificado en un tiempo, se hayan perpetuado, empobreciendo el culto y restándole significado: el comulgar solamente con pan, reservando el vino al sacerdote; el celebrar simultáneamente varias misas en una misma iglesia en lugar de celebrar conjuntamente todos los sacerdotes presentes. Estos son unos pocos ejemplos, que señalan un problema: un ritualismo formalista oscurece el verdadero significado del culto.

Pero hay también una *deformación desde abajo*, nacida de las devociones, y aun supersticiones populares que se van insensiblemente adhiriendo al culto y que lo desfiguran. Sin referirnos a los extremos, podemos mencionar, como uno de los problemas mayores, la tendencia a reemplazar el culto común por las devociones individuales. El fiel va "a misa", pero en lugar de seguir con devoción, conscientemente, el culto común, se dedica a "sus devociones" —leer el breviario, o rezar el rosario, etc.— mientras el sacerdote celebra la misa. Como no entiende lo que se dice, ha perdido interés en la lectura de la Biblia que se hace en la misa, y la "homilía" o predicación, cuando la hay, sólo es escuchada por unos pocos. En la devoción personal a menudo la veneración de los santos asume proporciones enormes, desplazando el conocimiento del evangelio y de Jesucristo, y en las celebraciones parroquiales las fiestas del santoral son más conocidas y tienen precedencia sobre las que recuerdan la vida, pasión y muerte del Señor.

Esta doble deformación ha tenido por consecuencia, por una parte, que el fiel no alcance a recibir, mediante la liturgia, la plenitud del evangelio, de la Palabra de Dios, de la gracia santificante. Por otra ha ido alejando a los fieles de una *participación activa, consciente y comunitaria en el culto*. Todo esto hace necesaria una renovación litúrgica.

¿Qué clase de renovación? Piense el lector en estos temas que hemos mencionado a la luz de las tendencias del Concilio que describíamos en nuestro artículo anterior y se dará cuenta de la variedad de opiniones que debían manifestarse.

Para lo que hemos denominado "mentalidad conservadora" la gloria de la liturgia católica consiste en su uniformidad, su misterio, su esplendor. Es cierto que el latín no es hoy tan difundido, pero es la lengua que la iglesia ha hablado durante siglos y que permite que un fiel escuche lo mismo a lo largo de un largo viaje de un extremo a otro del globo. Bien que no comprenderá todo lo que escucha, ¿pero no es eso precisamente lo que abonda la sensación del misterio divino, de la majestuosidad de un culto que supera nuestra inteligencia? Una infinidad de traducciones ¿no quitarían precisión a las fórmulas litúrgicas, prestándose a falsas interpretaciones? ¿no engendrarían confusión y romperían la unidad de la Iglesia? Es posible que

sea necesario corregir ciertas exageraciones en vestimentas o adornos, ¿pero estas cosas, no manifiestan la majestuosidad, el poder, la belleza, la gloria de Dios y de su Iglesia? ¿No es preferible mantener la lengua, la música, el arte que ha sobrevivido las edades, más bien que experimentar con las creaciones modernas, que aún no sabemos si serán adecuadas?

A la *mentalidad misionera* le interesa especialmente la liturgia como medio de enseñanza y evangelización. Por eso ve la necesidad de una adaptación que la haga más comprensible, más cercana a las modalidades de cada pueblo y, por consiguiente, más flexible. El problema de la *lengua litúrgica* es para ellos vital. Alguien recordó las palabras de Pablo: "Quiero más bien hablar cinco palabras con mi entendimiento, para instruir también a otros, que diez mil palabras en lenguas" (1 Cor. 14:19). Pero no se trata de una simple traducción: es necesaria una adaptación. Los pueblos de Africa tienen costumbres, mentalidad, tradiciones distintas de los occidentales. ¿Cómo podrán "hacer suya" una liturgia que está formada en una historia completamente ajena? Incluso será necesario crear "ritos nuevos" que respondan a nuevas necesidades. Así el obispo Van Bekkum, de Indonesia (miembro de la Comisión litúrgica) ha hablado de una transformación de festividades, oraciones y ritos paganos, infundiéndoles un sentido cristiano (L'Osservatore Romano, 24/10/62). Otros plantearon problemas similares respecto de Africa, India, Japón, etc. Por supuesto, esto trae aparejada la necesidad de dar mayor autonomía a los obispos o conferencias episcopales regionales para hacer las adaptaciones locales sin depender de una comisión romana que no puede conocer la situación local.

A la *mentalidad renovadora* le preocupa básicamente la relación entre la liturgia y el evangelio. La función de la liturgia debe ser la de representar y dar a conocer en la iglesia la Palabra de Dios. Según lo expresa el obispo alemán Volk "la historia de la salvación se representa y se hace presente" en la liturgia. Para que ello ocurra es necesario que esa Palabra sea escuchada tanto como representada en gestos y ceremonias. Sin la palabra hablada los ritos carecen de sentido y se aproximan a la magia. A su vez la Palabra debe ser recibida en fe. La preocupación constante de la Iglesia es que "la Palabra de Dios sea reconocida y aceptada". A partir de tales fundamentos se desprenden fácil-

mente principios para una renovación litúrgica. El liturgista E. Schmitt mencionaba algunos:

- 1 — señalar claramente el lugar de la Biblia en la Liturgia
- 2 — una predicación viva
- 3 — participación laica.

Es necesario que la celebración del sacramento no sea divorciada de la predicación oral del evangelio. La Eucaristía debe ocupar su lugar como el centro del culto cristiano, y debe manifestar, por la palabra y por la oración lo que realmente es: la gozosa y eficaz recordación del sacrificio y la resurrección del Señor.

¿Qué cambios habrá? Es fácil ver que ninguno de estos puntos de vista mencionados puede prevalecer totalmente. Aunque aún no podemos prever exactamente los resultados del trabajo de la Comisión, es fácil imaginar que los varios puntos de vista se influirán y corregirán y moderarán entre sí. Es muy probable que se autorice el uso de la lengua en casi todas las ceremonias de la iglesia e incluso en casi la totalidad de la misa. Es evidente que se hará gran énfasis en la lectura y explicación de las Escrituras en el culto y en el lugar de la predicación en el mismo. Es posible que se hagan algunas concesiones en cuanto al uso de la copa por los laicos, al menos en casos bien determinados (tal vez en las misas de esponsales). No hay duda que se estimulará un renacimiento de la participación del pueblo en el canto congregacional y en las oraciones y lecturas antifonales o conjuntas. Muy probablemente habrá una simplificación de algunos ritos para hacerlos más comprensibles. Igualmente es de prever que se harán esfuerzos por evitar las exageraciones en la veneración de los santos, y se dará cierta elasticidad en la creación de nuevas fórmulas o ritos.

Por otra parte, me parece claro que no debemos esperar "cambios revolucionarios". Me refiero, por ejemplo, a una propuesta de un teólogo y liturgista belga que proponía un orden nuevo y optativo para la celebración de la misa, sumamente simple —al modo cristiano primitivo— limitado a las lecturas de los trozos bíblicos correspondientes, oración, unas breves palabras espontáneas de edificación y las palabras de la institución; una cena celebrada en modo comunitario, en torno a una simple mesa (una proposición que me pareció que se asemejaba mucho

a la celebración de la Cena entre los Hermanos llamados de Plymouth). Este tipo de proposiciones, y otras muchas que podríamos llamar "de avanzada" tendrán que esperar, seguramente, un futuro más o menos distante. Lo que es razonable esperar es que queden las puertas abiertas para su consideración posterior.

Tras la consideración de la liturgia. Tras la consideración del problema inmediato, sin embargo, hay un asunto de fondo, al que hemos hecho alusión repetidas veces: el de la descentralización y la autonomía —relativa, por supuesto— de los obispos y las conferencias regionales de obispos. La mayor parte de estas proposiciones de cambios no son introducidas como un intento de modificar de un plumazo la liturgia de toda la iglesia en manera uniforme, sino, precisamente reconociendo las diferencias locales, como un esfuerzo por dar a la autoridad eclesiástica local —básicamente el obispo— la posibilidad de introducir esas modificaciones (o de no introducirlas) en su diócesis o región, sin depender en cada detalle de la curia romana.

En el fondo, bien puede ser que éste sea el asunto de mayor importancia en el Concilio. Tal vez la mayor realización del Concilio no ha de ser una "reforma masiva" y uniforme de todo el Catolicismo Romano, sino una cierta ductilidad y descentralización que permita un avance, en distintas medidas y en distintos terrenos, de acuerdo a la madurez, las necesidades y la modalidad de las distintas regiones. En otra oportunidad trataremos de explorar este tema.

¿Y nosotros? No es éste el momento de tratar de desarrollar coincidencias y divergencias entre la liturgia católica y el culto evangélico. El amable lector me permitirá, no obstante, hacer tres breves observaciones acerca de la que me parece una actitud correcta frente a la "renovación litúrgica en el Catolicismo romano".

Lo primero es que esa renovación nos lleve a nosotros a "mirar en nuestra propia casa", a preguntarnos si nuestro culto necesita una renovación —que no será, sin duda, igual a la católica— pero que puede ser igualmente urgente. ¿Es nuestro culto una expresión fiel del evangelio en cada uno de sus detalles: lectura, cantos, oraciones, o dependemos enteramente del sermón? ¿Responde nuestro culto al sentido bíblico de alabanza, confesión de fe, adoración, confesión de pecados, testimonio, etc.?

¿Ocupa la Cena del Señor en nuestro culto el lugar que el Nuevo Testamento y la Iglesia primitiva le dieron? ¿Hay una participación activa, consciente y comunitaria del pueblo en nuestro culto? ¿Hay la reverencia que corresponde al misterio manifestado de Cristo Jesús en el culto dominical de nuestras iglesias? Se podrían multiplicar las preguntas. El propósito es muy sencillo: tal vez Dios, al mostrarnos la preocupación del Catolicismo por el culto nos está invitando a que nosotros también pensemos en nuestro culto.

Lo segundo es que debemos regocijarnos por esta renovación. Ella eliminará algunas de las cosas que tradicionalmente hallábamos más "antievangélicas" en el culto católico romano. El simple hecho que la Escritura sea leída diariamente en la iglesia, precisamente en nuestro continente donde fue un libro desconocido, nos debe mover a dar gracias a Dios. Dios no se deja sin testigos. Y debemos regocijarnos de los testimonios del evangelio en la renovación litúrgica católica.

Lo tercero es que debemos ser prudentes y serios en nuestra comprensión de este movimiento. Es un movimiento dentro de las presuposiciones y de la doctrina católica romana. Por consiguiente, no vemos cómo puede eliminar algunos de los problemas básicos que no nos permiten a los evangélicos compartir el concepto católico del culto. Esos problemas son de dos órdenes. Hay uno de orden práctico: las reformas litúrgicas depurarán, corregirán y tal vez subordinarán las devociones a los santos y a la virgen, la veneración de imágenes y otros elementos semejantes. Pero no los eliminarán. Y ellos continúan siendo un elemento extraño al evangélico, para quien la mediación única de Jesucristo resulta al menos oscurecida por estas devociones secundarias. A base de nuestra experiencia latinoamericana, tampoco podemos menos que sentirnos inquietados por la inclinación a la creación de nuevos ritos en los países de misión. Sabemos bien que festividades y ritos paganos pueden ser verdaderamente convertidos y transformados. Pero también nos dice la experiencia que más de una vez sólo han cambiado de nombre y han dado lugar a un sincretismo que ha preservado las viejas supersticiones y originado nuevas.

Pero sin duda nuestra mayor preocupación es de orden doctrinal. Y se centra en torno al "sacrificio de la misa" y el lugar

del "sacerdocio" en ella. Los teólogos católicos se ocupan al presente en explicar la relación entre el sacrificio único e irrepetible de Jesucristo en la cruz y el "sacrificio eucarístico". Pero esa relación no aparece claramente, y las peligrosas palabras "repetición", "reiteración", continúan como un abismo que nos separa. Por supuesto, debemos estar dispuestos a escuchar y a dialogar, pero no podemos menos que percibir que los problemas doctrinarios se presentan como aparentemente infranqueables.

ALGO SOBRE EL PIETISMO

Un pastor luterano escribe sobre este tema candente lo siguiente:

1) Es cierto que aquellos círculos pietistas que prohíben estrictamente el fumar o las bebidas alcohólicas, han tenido éxitos; pero a veces también fracasaron en sus esfuerzos por librar a los hombres de sus pasiones. También en las iglesias que a base de la Palabra de Dios distinguen entre pasión y un uso moderado del alcohol o del tabaco, muchas veces los cuidados espirituales lograron ayudar a que por la fe en Cristo, tales hombres adictos a las bebidas alcohólicas pudieran vencer su debilidad.

2) Si un cristiano cree que por causa de su Señor debe renunciar a tales cosas, esto es ciertamente algo bueno. Si un cristiano piensa que no tiene por qué moderarse en el uso del alcohol, o que puede entregarse al hábito de fumar más allá de toda limitación prudencial, entonces las dos cosas son pecado.

3) La fe salvadora no puede ser conocida en que el hombre fume o no, si toma alcohol o no, etc. Aquel que quiere instruirse más a fondo sobre estas cuestiones, lea Rom. 14 y especialmente 1. Cor. 8. En este último capítulo se trata del comer carne de ídolos y con esto de una cosa al parecer mucho más relacionada a la negación de la fe que el tabaco o algo semejante. San Pablo escribe allá (v. 7 sig.): "Algunos, habituados hasta aquí a los ídolos, comen como sacrificado a ídolos, y su conciencia, siendo débil, se contamina. Si bien la vianda no nos